

El difícil Bobadilla (versión breve 10 min CEI)

Juan Ochagavía

Introducción

Por lo general los jesuitas conocemos bien a San Ignacio, pero poco a sus primeros compañeros. En el caso concreto de Bobadilla, la cosa es aún peor porque no sólo lo desconocemos sino que nos hemos quedado con una imagen negativa suya: el desatinado, el rebelde, el apegado a los príncipes, el que con sus maniobras con el papa Pío IV casi hundió la naciente Compañía.

El estudio de Juan Cristóbal Pasini titulado, *Nicolás de Bobadilla. Recuperación de un personaje de la primera Compañía de Jesús, cambia las cosas*¹. Es un bien logrado intento de rehabilitar a este “compañero difícil” de San Ignacio, como hasta ahora a muchos les ha gustado llamarlo. Este estudio abre puertas y penetra en cosas muy de la quintaesencia de la Compañía de Jesús. Cayó en mis manos después de haber terminado de leer y tomar notas de los escritos de Bobadilla en *Monumenta Historica Societatis Iesu*, y veo que concordamos en nuestros hallazgos. Mi ponencia de esta tarde se centrará en algunos aspectos de la vivencia espiritual del palenciano.

Seguramente, Bobadilla fue el “más mandado” de los primeros compañeros. El papa lo mandaba a veces directamente; otras, por medio de Ignacio o algunos de los cardenales legados. Lo pedían los reyes como consejero y capellán de corte, las ciudades, los obispos de Alemania, Austria y los reinos y ciudades de Italia. Por todas partes quería Bobadilla hacer la reforma de la Iglesia y de la cristiandad.

Ejercitaba los ministerios de la Fórmula del Instituto: explicar libros de la Sagrada Escritura (a esto se lo llamaba “leer” o “lecciones”), predicar en los templos la Palabra, en especial en tiempos de cuaresma, dar Ejercicios Espirituales, hacer paces y reformar monasterios y diócesis, consolar y animar a condenados a muerte, pedir limosna para los pobres en tiempo de escasez. Además estudiaba y escribía libros en defensa de la Iglesia y en respuesta a las posturas de los reformadores. En las cortes era consejero y

¹ Madrid, Colección Manresa N° 60, (2016) Ediciones Mensajero y Sal Terrae

capellán. Otra preocupación suya fue la promoción de vocaciones para la Compañía. Junto a todo esto, fue un impulsor infatigable de los colegios, que de todas partes eran solicitados a la Compañía. Tanto es así, que los otros compañeros le tomaban el pelo por su afición a hacer colegios².

Cristo es todo

Tanta acción brota de un amor apasionado a Jesucristo. Sus cartas comienzan con el saludo: “Que la gracia y paz de Cristo Señor esté siempre con nosotros”. Esto es más que un saludo protocolar. Cristo está siempre presente en sus cartas.

Bobadilla es un hombre expresivo, que no acalla sus sentimientos espirituales profundos y los saca afuera. Cristo le da la salud en sus viajes (B 3). Por gracia suya se pone en camino (B 118). Toda su afán misionero es para mayor gloria de Cristo nuestro Señor (B 13). Va como capellán a la guerra esmalcáldica por voluntad de Cristo, dispuesto a morir por él y el bien de las almas (B 34). En complicadas situaciones espera que “Cristo lo provea todo” (B 34).

Una muy repetida expresión suya es “que Cristo lo remedie todo” (B 129). O que “Cristo lo enderece todo a mayor gloria”. O que “Cristo lo haga como sabe que tenemos necesidad” (B 130).

En noviembre de 1558 escribe a Polanco de sus andanzas en el norte de Italia, una zona difícil, muy trabajada por los luteranos, a la que había sido enviado a misionar. Va “con gracia de Cristo” y espera que “Cristo haga el fruto, como me da buen ánimo para trabajar” (B 238).

A esto sigue un verdadero himno a Cristo, a quien remite las críticas recibidas: “Espero en Cristo que cada día estará (Ignacio) más contento, considerando, primero, que donde he sido mandado he procurado la gloria de Cristo y la de la Compañía y el fruto de las ánimas...Cristo nos dé a todos sentir su santa voluntad. Yo tengo a Cristo por mi meta, y a su gloria haré cuanto sabré y podré. Del resto siempre lo remitiré a su juicio universal, que será justísimo a todos, porque padecer es la gloria de los cristianos. Y doy gracias a Cristo,

(6) (B XV), con referencias a textos de Javier, Salmerón y Polanco.

que me da alegría en todos trabajos por su amor. Pero de esto basta. Y Cristo nos dé su gracia a todos..." (B 239s).

En junio de 1560, estando enfermo con sus cuartanas, escribe a Laínez sobre su afición a los colegios: "yo en la manga llevo los colegios por donde voy, que ni en enfermedad ni sanidad no me falta Cristo, y con grandeza" (B 342). Había dificultades económicas para fundar el colegio de Ragusa, y escribe: "Hay gran pobreza para fundar; mas *super omnia est Christus*. Resolveremos lo que Cristo ordenará ser más expediente" (B 369sm). En cuanto a su persona, le dice, "podéis hacer buen mercado en todas partes; mas Cristo sabe más que los hombres. Doy gracias a Dios que me favorece más que yo podría desear, porque no deseo nada sino la gloria de Cristo, y la salud de las ánimas, y ando donde no se sabe nada de la Compañía" (B 342).

Este es Bobadilla. Un apóstol de Cristo. Mejor, un hombre que se vacía de sí para que sea Cristo quien sienta, enseñe, predique, estimule, aconseje, reprenda, actúe a través suyo. Deja que su dolor de Iglesia y cristiandad sea el de Cristo. Que sus alegrías le vengan de Cristo. Un corazón bueno, luchador, habitado por Cristo y servidor suyo.

Considero que la pasión con que en todo momento habla de Cristo es una gracia para la espiritualidad ignaciana. Es un fruto maduro del "encontrar a Dios en todas las cosas" de la Contemplación para alcanzar Amor de los Ejercicios: él encuentra a Cristo, gozándose en borrarse a sí mismo.

Su relación a Cristo es ligeramente distinta a la del P. Hurtado, cuando éste se pregunta: "¿Qué haría Cristo en mi lugar?" Bobadilla se borra a sí mismo y deja que Cristo sea el que haga, dé fruto, muestre, ordene, ayude, recompense. Es la vivencia del "instrumento unido" a Dios de la Parte décima de las Constituciones de la Compañía.

Rasgos de carácter de un tipo notable

Impetuoso y franco

Es bien sabido que Bobadilla en varios aspectos fue un hombre peculiar. Valga de ejemplo lo que sucedió comiendo con el cardenal Hosio, presidente del Concilio de Trento y muy amigo de los jesuitas. Relata Hosio que habló a Bobadilla sobre la conveniencia de que más jesuitas trabajaran en Alemania, que era tan necesitada como las Indias. Lo de las Indias le recordó a su amigo Javier y lo hizo reaccionar con furia: “Id más bien vosotros, los cardenales, que vosotros lleváis el bonete rojo. Este es oficio propio vuestro, que lo tenéis olvidado y no hacéis más que entregaros a las delicias y placeres; y cuando hay alguna carga de trabajo, la echáis toda a las espaldas de los pobres jesuitas”. Hosio comenta este hecho a un amigo: “¿Qué haré? Tengo que perdonar a Bobadilla porque lo amo” (B 520, nota).

Ingenuamente jactancioso de sus logros

Ignacio fomentaba entre sus compañeros la comunicación de sus vidas y trabajos apostólicos, por carta u otros medios. Bobadilla tomaba esto muy en serio, pero tal vez demasiado en serio, porque una de sus peculiaridades era el ser ingenuamente jactancioso de sus logros y del amor con que era acogido. Pero lo hacía desposeyéndose de sí, siempre refiriendo los triunfos a Cristo: “gracia de Cristo”, “bendito sea Cristo”. En este sentido, era humilde y capaz de ver sus cualidades y también sus limitaciones.

Sus compañeros lo conocían bien y lo tomaban con cierto humor, como por ejemplo Salmerón, cuando desde Nápoles escribe a Borja que llegó Bobadilla “con su caballo blanco... y nos ha alegrado con su presencia y palabras, porque en la mesa siempre nos predica y somos sus auditores” (II, 28).

Meticuloso con la verdad. Polémico “en caridad”

Otro rasgo muy peculiar suyo es que se juega por la verdad exacta de las cosas. Un caso de esto se dio durante una cena en Roma, comiendo con el padre Ignacio, en una especie de disputa teológica

que allí se tuvo, cosa no extraña en esa época. Se ve que después que Bobadilla expuso su parte, Laínez lo contradijo en cuatro puntos concernientes hechos y doctrina de San Agustín y Bobadilla después lo contradijo por carta, mostrándole que estaba equivocado. Vale la pena notar con qué espíritu polemiza Bobadilla. Después del saludo habitual de desearle la paz de Cristo, añade: “Determinado tenía que nos hablásemos largo en caridad para que mirásemos cómo hablamos delante de otras personas sin error”. O sea, le dice a su amigo que ha errado y se lo prueba con datos fehacientes. Pero se lo dice “en caridad”. Al despedirse le pide que él, a su vez, está deseoso de recibir correcciones: “Esta son las cosas que escribí rápidamente hoy, rogándoos que me advirtáis y aviséis a mí de todo lo que me debo guardar, pues todo se hace con caridad” (B 179).

La amistad

Otro rasgo muy suyo es la amistad. Era un hombre muy amistoso. Despertaba comunicación y amistad, al igual con personas grandes que con gente sencilla. El príncipe Hércules de Ferrara lo trata de “amigo muy querido” (B 26). Para el arzobispo de Viena la amistad de Bobadilla es beneficio singular de Dios (B 62). Era muy amado por la gente de las cortes, con que tenía que tratar en consultas, prédicas y confesiones. Él se daba cuenta de esto y lo refiere con sencillez en una carta a Fabro: “somos amados de todos, y se han servido de mí en sus adversidades estos señores, escribiendo frecuentemente a la corte cesárea” (B 74).

Bobadilla era una persona alegre, de trato cercano, capaz de beber una copa y jugar ajedrez con sus amigos, por mucho que se escandalizara Salmerón (MSal I, 22). Conservó toda su vida algo de la candidez de los niños. El mismo se describe como siempre contento: “En cuanto a mí, de todo estoy contento, y donde quiera que voy hallo maná y consolación espiritual” (B 251).

Nada de rencoroso

Otra peculiaridad muy suya era no ser rencoroso. Esto lo refleja muy bien la carta del 7 de enero de 1559 a Laínez, en que se defiende de las acusaciones recibidas. Le dice, “he visto su carta, a mí gratísima y cordialísima: y porque nos amamos en Cristo, podemos ser más libres

entre nosotros, siempre con caridad. Y así se ha todo de tomar lo que se escribe, sin punto de espíritu de amargura, o de hiel, que, cierto, no la hay en mi ánimo, sino entrañas limpias: y con esta sinceridad y cristiana libertad digo lo que entiendo con el intelecto, sin desabor del afecto, porque soy cierto que no quiero mal a ninguno, ni tengo pensamiento que ninguno me quiera a mí mal, sino que todo lo que se hará sobre mi persona será para mayor servicio de Dios y salud de las ánimas y provecho mío particular” (B 254). Se goza con Laínez “viendo la unidad de la caridad del espíritu de Dios en nuestros corazones, la cual Cristo aumente a gloria suya y beneficio de las ánimas” (B 292).

Contento con las contradicciones

Dos años más tarde, en carta a Polanco desde Ragusa, y a propósito que lo criticaban por establecer allí un colegio, escribe: “Yo camino poco a poco con las contradicciones, dando tiempo al tiempo, esperando en la verdad y buena intención con la misericordia y omnipotencia de Dios, que hará lo que será mejor. Me parece que estoy satisfecho y contento” (B 369).

Este es Bobadilla. El jesuita directo y franco, que no calla sus pensamientos ni ante sus amigos ni ante sus enemigos ni ante Ignacio ni ante el mismísimo papa Paulo III o el emperador Carlos V.

La obediencia de un batallador de Cristo

La obediencia es para el servicio al Reino

Para Bobadilla la obediencia es para dar gloria a Dios ayudando a los prójimos. En marzo de 1559, desde Bormio, en una posdata al general Laínez, escribe: “Sería gran salud de las ánimas, si dos de casa estuviesen aquí, dado que amenazan muertes y cosas grandes” (B 266). Esta frase lo retrata de cuerpo entero. Es el apasionado hasta, dar su vida, por la salud de las ánimas. Todo su afán es Cristo y la salud de los prójimos. Servirlo para su gloria, dejarse guiar por él a gloria de las almas: “Cristo ordenará donde será más para su gloria y salud de las almas. Esto basta para el que más sabe” (B 445). O esta

otra: “Me dejo gobernar por Dios nuestro Señor, que dispone todas las cosas para su gloria y salvación de las almas” (B 446).

Por su entrega total a Cristo y la ayuda de los prójimos Ignacio lo había escogido para enviarlo a la India y al Extremo Oriente. Pero enfermó y tuvo que permanecer en Europa (B 618). Desde entonces empieza a discurrir por todas partes. En Alemania va como capellán a la guerra de Esmalcalda, “aparejado a morir por Cristo y la salud de las almas. Y no estuvo tan lejos de morir, ya que le partieron la cabeza de un golpe de alabarda (B 103). En Roma, con las fiebres de cuartanas, profesa “tomar la cruz hasta la muerte” (B 168). En Italia del norte, corre serio riesgo de su vida, haciendo por amor a Cristo una brillante exposición y defensa de la Eucaristía ante los señores grisonos, luteranos aguerridos contra los católicos (B 272ss). En 1560 desde Ragusa, en Dalmacia, cuando el arzobispo lo quiere hacer su Vicario, escribe a Polanco para que frene este nombramiento, y termina pidiendo: “Allá lo considerad todo, y proveed como la razón demanda. Yo me remito en todo a Cristo, el cual me gobierna y me ayuda en mis enfermedades y trabajos, también en tierra pobres, como es esta Eslavonia, llena de gente y poco pan” (B 346).

Una obediencia informada

El sistema jesuita de la obediencia es para la misión, para el bien de los prójimos, en que estriba la gloria de Dios. Bobadilla lo piensa y lo vive así. Se le criticó de buscarse él mismo sus trabajos, de poca disponibilidad. En su defensa, escribe: “Dicen que no tengo de procurar misión directa ni indirectamente, conforme a la regla. Dicen verdad; mas, informar a mis superiores, que me pueden mandar, no es contra la regla. ¿Quién puede mejor saber lo que pasa, que el que lo trata? Y como soy obligado a obedecer, así soy obligado a informar del fruto mayor o menor. Y esta es la verdadera inteligencia; de otro modo sería impía” (B 100s).

Disponible

Hay una hermosa carta al Maestro Ignacio, de abril de 1548, desde Augsburgo, en que Bobadilla le representa sus vacilaciones acerca de su trabajo en Alemania. Pero al fin de cuentas, termina haciéndose

disponible a lo que Ignacio decida: “En todo me remito a la obediencia, y a lo que allá ordenaréis de estar o quedar (B 134ss).

En carta de 1560 al general Laínez expresa su disponibilidad a la obediencia en frases muy bien logradas: “Cuanto a la obediencia mía, no hago dificultad, porque toda patria me es buena. ... Con mi persona podéis hacer buen mercado en todas partes; mas Cristo sabe más que los hombres. Doy gracias a Dios, ... porque no deseo nada sino la gloria de Cristo y la salud de las ánimas, y ando donde no se sabe nada de la Compañía (B 341s)”.

Creativa

La Compañía, a través del secretario Polanco, sigue de cerca los desplazamientos de Bobadilla, se consuela con sus logros, le pide que no se exceda en sus trabajos y le deja mucha libertad para concretar su misión, “según le pareciere más a propósito a su devoción” (B 258). Es notable cuánto espacio dejan las cartas de Roma a la discrecionalidad del que es mandado. Para Bobadilla el sistema de la obediencia pide mucha creatividad por parte de los súbditos para proponer al superior cosas que sean para la gloria de Dios y bien de los prójimos.

El gran conflicto. Obediencia de juicio

Después de la muerte de Ignacio, en un momento de conflicto y una situación muy compleja (1557 al 58), Bobadilla sostuvo que el cargo de Vicario temporal debería ser nombrado por los primeros compañeros. Propuso además que el generalato en la Compañía no fuese vitalicio, sentencia que el Papa Pío IV hizo suya y la impuso, junto con la recitación del divino oficio en coro.

Nadal y Polanco reaccionaron con fuerza, tratándolo con términos muy duros³, por esta contravención al diseño ignaciano. Que Bobadilla se arrepintió y cambió de parecer lo prueba su respuesta a una consulta acerca de la duración del generalato que envió Laínez a varios jesuitas el 5 de mayo del año 1561: “El voto mío en cuanto al generalato es que sea siempre perpetuo ad vitam, como dicen las constituciones”. Luego, con una ironía que sólo se pueda dar entre viejos amigos,

³ Ver en John W. O'Malley, Los Primeros Jesuitas, Sal Terrae, 405-408.

prosigue: “Y que en V. R. sea tan firme que dure cien años; y que, si, muriendo, tornase luego a resucitar, mi voto es que le sea confirmado hasta el día del juicio universal, y le suplico se digne aceptarlo por amor de Jesucristo” (B 378).

Y, para alejar cualquier duda o acusación por su anterior postura, añade que “todo esto escribo de todo corazón, y con verdad, y con la mente, y con la propia mano, ad perpetuam rei memoriam” (B 378)⁴.

Respecto a las cosas del pasado, que algunos todavía recordaban, el nuevo general había pedido a todos en la congregación general que quedasen sepultadas, conforme al deseo de Su Santidad. El modo de sanar las heridas es no andar refrescándolas. La mutua caridad vivida en el tiempo las va curando. El buen estado de la Compañía, insistía Ignacio, depende de la unión (B 555).

Nutrida del cariño mutuo

En notable el cariño que le demostraban a Bobadilla los superiores de Roma y la amplia libertad de decisión que le dejaban. Cuando en julio de 1561 estaba enfermo, le escribe el Vicario de la Madrid por encargo del general Laínez: “puede irse a Peruggia, si quiere; y si no, a Camerino, o Fabriano, o a cualquier otro lugar que más le agrade y que más le ayude a la salud, o donde encuentre mayor consolación en el Señor. Puede hacer lo que le resulte mejor.” (B 385). Le deja total libertad para escoger donde pasar el invierno, si fuera de Roma o en Roma, y le añade: “su consuelo será consuelo para el P. Vicario y de todos los otros padres; y también del P. General que a su partida lo dejó especialmente recomendado” (B 393).

En 1567, cuando Bobadilla por sus enfermedades se sintió cerca de su muerte, escribió al P. General, de quien recibió esta respuesta por medio del P. Polanco: “El P. General y todos se consuelan y edifican de su entrega y fatiga en el servicio de Dios, ayuda al bien común y también de nuestra Compañía”. Le dice que puede venirse a Roma, o a Frascati o a Tívoli, “para retirarse y recogerse en este último acto de la comedia de esta vida,... preparándose a la partida. Nuestro Padre

⁴ No comprendo lo que dice O'Malley, op. cit. 407, de que Bobadilla nunca pidió perdón ni se retractó de nada de lo que había dicho. Estos textos parecen indicar lo contrario.

General se contenta con todo aquello que más lo consuele a usted, y esto mismo nos consolará a todos” (B 490).

Discreción y epikeia

Bobadilla entendía la obediencia con capacidad de discreción y con mucha sabiduría: “dado que las reglas generales ordenen una cosa, la epikeia y la razón, que es el ánimo de la ley, interpretan que alguna vez en particular es mejor la excepción por muchas buenas circunstancias” (B 515).

Entre marzo y septiembre de 1590, fecha de la muerte, Acquaviva escribió varias cartas a Bobadilla, todas llenas de reconocimiento y afecto. Le manifiesta el amor que le tiene y lo que le consuelan sus cartas. Se preocupa de que esté bien cuidado y no le falte nada. Le aconseja abstenerse de rigores de ayunos y otras cosas que dañan su salud. Le escribe: “No puedo, sin faltar al amor que le tengo, y a mí mismo, dejar de recordarle estas cosas con el respeto que siempre he tenido a su persona” (B 607). Por último, por mucho que todos quisieran que estuviere presente en la próxima congregación general, le aconseja que cuide su salud y no vaya a Roma en el tiempo de los calores de verano (B 607).

Su amor a la Compañía

Impresiona ver cómo se querían los primeros compañeros. De Ignacio decían que “era todo amor”. La Compañía la definían por el amor: “Compañía de Jesús, Compañía de amor”⁵. El mutuo amor era en ellos una realidad viva y palpable. Ya el papa Paulo III, al enviar a estos Maestros parisienses, los recomendaba por la unión, paz y amor que se tenían⁶. Veamos ahora cómo lo vive Bobadilla.

El día 15 de agosto de 1534, fecha de los votos de Montmartre, se le había quedado grabado en su vida. Ya viejo, en carta al P. Acquaviva del 11 de agosto de 1589, le dirá: “Recordándome, como a menudo me acuerdo, de esta santa fiesta de la asunción de la gloriosa Señora,

⁵ “Societas Iesu, societas amoris”, de Francisco Javier.

⁶ Paulo III a Bobadilla, 28 marzo 1540: “mutuam inter vos pacem et dilectionem habendo”, en MB 24:

máxime ahora en mi vejez, no puedo dejar de escribir a V.R. Paternidad, considerando como en este día los primeros padres de nuestra Compañía, en Montmartre de Paris, hicimos voto de andar a Jerusalén. La divina providencia, con su abismal profundidad, lo conmutó en otros votos mejores y más fructíferos de peregrinar en una orden religiosa, y la ha extendido por todo el orbe; y que cada día crece más, para su gloria. Bendito sea Jesucristo” (B 602).

Era una comunidad de dispersos por diversas tierras. Pero la distancia geográfica no les impedía la cercanía y la intimidad de la amistad. Estaban siempre unidos por el afecto y se lo expresaban por cartas. En éstas se comunicaban sus logros personales y sus dificultades apostólicas, su estado de salud y sus enfermedades, lo que acontecía en el mundo y en la Iglesia. Se gozaban “del aumento de la Compañía por todas partes”, logros que con gozo y constancia comunicaba el secretario Polanco a todos los dispersos (B 319). Especial consuelo sentían todos con las cartas de Javier desde el Oriente (B 75). Bobadilla transformaba estas noticias en alabanza a Dios: “Sit Deus benedictus. Amen” (B 368).

Los encuentros en los viajes servían para intercambiar el afecto y saber de los progresos de la Compañía. Bobadilla cuenta desde Mesina a Borja sobre Salmerón en Nápoles: “Cuanto a Maestro Salmerón, triunfa con el virrey de Nápoles y con todos, con su mula y gualdrapa de cuero por excelencia. Creo que gustan de él todos, y tiene crédito y autoridad. Cristo se la mantenga en el espíritu de nuestra religión...Somos grandes amigos” (B 455).

Los colegios

La idea de los colegios se extendió como reguero de pólvora a los pocos años de la fundación de la Compañía. Respondía a muchas de las necesidades de la ansiada reforma de la Iglesia emprendida por el concilio de Trento. Estuvo conectada con la idea del concilio de fundar seminarios de vocaciones sacerdotales, y que muy pronto se hizo extensiva a la educación de alumnos laicos. Los obispos, los príncipes y los municipios de las ciudades tomaron a pecho la idea del concilio y urgieron a los jesuitas a tomar colegios. Bobadilla, si bien no el iniciador de la idea, fue uno de sus más entusiastas promotores.

Escribe a Fernando, rey de Romanos, solicitando su ayuda para financiar un colegio donde se educarían futuros apóstoles de Alemania. Encareciendo su pedido, le dice: “Cierto será cosa gratísima a Cristo, y a nosotros grandísima gracia, y además espero en Dios se seguirá gran fruto a las ánimas y a los súbditos de su Majestad. Hay en nuestros colegios algunos germanos doctos y de óptima vida, los cuales presto, con la gracia de Cristo irán por allá a predicar la palabra de Dios a satisfacción de muchos. Y cuánta necesidad tenga Germania sobre todas las naciones de predicadores doctos y católicos, su Majestad lo sabe: y quien quisiere palominos buenos, tenga palomar” (B 155).

Por donde misionaba, la gente le pedía a Bobadilla que obtuviese de sus superiores la fundación de un colegio. En 1567 escribe desde el sur de Italia al provincial que en todas las ciudades donde ha estado “la gente brama por tener un colegio de la Compañía”. A lo que él les responde que “por ahora no hay gente, pero con el tiempo, creciendo la generosidad de ellos y la cantidad de jesuitas, se podrá satisfacer sus deseos” (B 474). La cosa llegó hasta tal punto en la Italia meridional, que el general Laínez le extendió a Bobadilla una patente para tratar sobre fundaciones de colegios en Regio de Calabria, Catanzaro y Mileto (B 441). De los colegios salían vocaciones sacerdotales para la Compañía y para el clero, aunque algunos de los candidatos no resultaron aptos (B 274-5).

Varias veces el gobierno de la Compañía pidió a Bobadilla que no se dejara llevar por el entusiasmo y fuera prudente en aceptar las condiciones para fundar colegios (B 218). Salmerón ironizaba acerca del fervor de su amigo: “escalentándose en materia de hacer colegios” (Mon. Sal. I, 254-5); y lo mismo Polanco, cuando hablaba de “colegios bobadillanos” (B 218). Pero también recibió alabanzas, como cuando, cercano a su muerte, el general Acquaviva, en carta del 4 de noviembre de 1589, a raíz de su propuesta de hacer otro colegio más, lo elogia, diciéndole: “Usted nos consuela con sus cartas y nos edifica por su mucho celo por la salud de las almas y el progreso de la Compañía” (B 605 y 607).

Los últimos años

Al final de su vida Bobadilla vivió en Loreto, lugar muy de su devoción, rodeado del cariño y delicadeza de todos, especialmente del general Acquaviva, que en frecuentes cartas le manifestaba el consuelo y amor que por él sentían todos los jesuitas (B 603-607). Era el último de los primeros compañeros, el último de los fundadores de la Compañía, hombre notable por su transparencia, amor a Cristo y celo infatigable de la gloria de Dios y bien de las almas.

El 16 de septiembre de 1590 escribe sus últimas disposiciones. Entre otras cosas, pide que de sus libros y escritos disponga el padre provincial. Ruega al padre general que de su parte “bese los pies” del Santo Padre, Gregorio XIV, que en un tiempo fue su hijo espiritual. Agradece a Cristo y a Nuestra Señora de estar en el lugar santo de Loreto, y pide a ella “que lo haga acompañar de los ángeles y de los santos ante Cristo a la gloria del paraíso”. Elogia al hermano coadjutor que lo ha acompañado y servido con gran caridad y diligencia: “Los dos nos entendimos muy bien y contentos. Gracias a Dios”. Por último, dispone que su caballo sea enviado a Roma y que el padre general y el ministro de la casa hagan de él lo que les pareciere en el Señor (B 608-609). La última palabra que pronunció al morir fue “Jesús” (B 610).

El juicio sobre Bobadilla

En general, la Compañía de después de la restauración no ha sido capaz de valorar a Bobadilla en todo su mérito. Nos hemos quedado pegados en el conflicto que tuvo con Laínez, Nadal y Polanco. O en sus imprudencias, como cuando se enfrentó con el emperador Carlos V, a raíz del documento *Interim*. Muy otro fue el proceder de la antigua Compañía.

Partiendo por Ignacio mismo, es sabido el gran aprecio que le tuvo. Lo estimaba como persona “docta y muy versada en teología y ayuda de las ánimas”. Es verdad que de él y Salmerón dijo una vez que eran hipócritas, pero se refería a una “santa hipocresía”, de la cual querría que muchos otros de sus compañeros estuvieran impregnados (B ix).

El prólogo de *Bobadillae Monumenta* acumula testimonios de Laínez, Borja, Mercuriano y Acquaviva, que muestran la enorme estima que de él se tenía. San Bernardino Realino, que lo trató mucho en Nápoles, habla de él como un hombre “muy docto y transparente”. Lo mismo San Pedro Canisio; y el mismo Polanco, pese a los conflictos que ambos tuvieron. Igual cosa, grandes hombres de Iglesia, tales como el papa Paulo III, varios cardenales y superiores religiosos. Era muy querido y solicitado en la corte del rey Fernando de Romanos y en la del emperador Carlos V. Así mismo por comunidades civiles, como la de Ragusa y Bormio, y varias ciudades de la Italia meridional (B ix-xii).

Mucho se ha hablado de los defectos de Bobadilla, y es bueno no callarlos: su sinceridad a toda prueba se tornaba a veces imprudente y ofensiva. Si animosa vitalidad pudo pasar la raya y transformarse en audacia temeraria. Su constancia lo llevó a veces a ser duro, rudo y terco de juicio (B xii-xv). Estos y otros defectos eran reales.

Pero por otra parte, era el hombre que no conocía el rencor. Se defendía de los ataques que no se ajustaban a los hechos, pero sin resentimiento de corazón. En esto era verdaderamente humilde y lleno de amor. Por lo mismo fue un hombre muy querido por todos.

Pienso que es un desafío para la actual Compañía superar la imagen del Bobadilla “indeseable” y “difícil”. Olvidando cosas puntuales del pasado, conviene volver a la magnanimidad de los antiguos para que lo valoremos en toda su grandeza. Y sacar de ello provecho espiritual y apostólico, a gloria de Dios y bien de los prójimos.

Santiago, 23 de mayo 2017